

La Revolución Ausente

Jorge Peré

incubadora ediciones

En *Cuba, literatura y revolución*¹ Rafael Rojas describe cómo la mejor literatura cubana del último medio siglo elude la presencia del contexto revolucionario y sus años de virtual apogeo, señalados entre la década del 60 y el 70. De modo que al revisar las novelas y los cuentos de autores como Virgilio Piñera, Antonio Benítez Rojo, Reinaldo Arenas, Severo Sarduy, Guillermo Rosales y el propio Cabrera Infante, se advierte una ausencia considerable –quizás de manera intencionada– de dialogismo entre ficción y contexto inmediato; esta sinergia es cosa impensable, algo que se disipa sin más.

Así, estos escritores se separan de una realidad politizada en todos sus matices, volcada hacia una ficción ideológica que denuesta cualquier intención ambigua. Rojas, prosigue observando que en cambio sí se puede constatar en varios autores –sobre todo desde la generación noventiana hacia acá, con Leonardo Padura y Pedro Juan Gutiérrez como punta de lanza– la presencia de lo decadente y el descenso de la utopía social revolucionaria, lo que parece confirmarnos que la Revolución, como vanguardia política, ni fue capaz de inspirar ni intentó coexistir con la vanguardia estética.

Ahora, no nos engañemos: Las arengas que ramplonamente dictaron algunos artistas y escritores, escorados en la estética del realismo socialista –oportunísima para mediocres–, son un acto de cínica negociación, la manera de escoltar la parametración a que fueron sometidos los intelectuales cubanos.

Un ejército de “hombre nuevos” –pura metafísica insular– incluía anular al escritor individual, ajeno a intereses ideológicos y políticos, y entonces la idea de canjear escritores por ideólogos con afinidad por la escritura, era, si no el destino, la opción inmediata. Pienso en algo desolador como Raúl Gómez García supliendo en ediciones a Lezama Lima; Mirta “Lunacharsky” Aguirre eclipsando a Raúl Hernández Novás y Damaris Calderón; *Bertillón 166* (auténtica declaración de principios del Premio Casa

¹ Edición digital de EL PAÍS, 23 diciembre, 2014.

de las Américas) desplazando en nuestras librerías a *Celestino antes del alba*; como si de un plumazo, la literatura nacional cayera en manos de varios amanuenses con vocación partidista.

Quiero pensar que lo mejor de la literatura cubana reciente no está en los premios que dilapida cada año –aunque sea este el filtro principal de publicación para cualquier escritor que no sea Reynaldo González o Antón Arrufat; es raro: el sistema editorial cubano funciona desde el autoconvencimiento, es decir, no corre riesgos, publica únicamente los libros premiados durante la temporada (no importa el género o el tema, si se trata de algo como *SIDA: Confesiones a un médico*, etc.) como si tal recato salvara su responsabilidad frente al poder. Por cierto, nuestro país ostenta la mayor cantidad de certámenes literarios oficiales para un año. Siempre he pensado que aquí, los premios encubren el verdadero acto de censura– ni en manos de algún oscuro editor empeñado en manejar el destino de nuestra escritura, sino que se reduce a unas pocas obras –publicadas dentro o fuera de la isla– de un relativo equilibrio estético. Esto, cuando no se presiente en el vacío editorial que dejan algunos escritores bisiestos (creo que si estos últimos se incrementan en número, nuestro panorama daría un giro hacia la notoriedad). De otra manera, sería la resignación a un espacio en decadencia y sin oportunidades evidentes de recobrar su pedigrí, según nuestros críticos. La crisis de la literatura cubana, y las maneras en que ha sido descrita en más de un ensayo, da para un culebrón novelesco.

De manera aislada, se pueden encontrar algunos autores (viviendo en la isla) que convidan al optimismo desde su notable disparidad. Pienso en Ahmel Echevarría, Daniel Díaz Mantilla, Jorge Enrique Lage, Osdany Morales –teniendo en cuenta únicamente la narrativa–. Los mismos que disienten de manera elegante, y afirman en sus textos una postura que le provoca escozor al poder; como un hongo furtivo entre los dedos de los pies. Sin embargo, todos los referidos persisten a la sombra de lo “heroico decadente”, funcionando bajo las reglas que dispone arbitrariamente el complot. Dentro de la isla, aún cuando el poder luce ajado y en una irregular metamorfosis, no tiene cabida el término impolítico para los escritores, en el sentido que le confiere el propio Rafael Rojas: “lo irrepresentable dentro de una sociedad”.

Mientras escribo esto releo un pasaje descrito por el francés Michel Houellebecq en su novela *La posibilidad de una isla* (Santillana Ediciones, 2013) donde refiere los términos de una anarquía institucional. La erosión del espacio público como escenario de lo político reside en esa anarquía febrilmente narrada por Houellebecq que, como

en cada novela suya, intenta reinventar el complot. El escritor, parece advertirnos, tiene su única oportunidad de salir a flote en sublimar lo impolítico. En Cuba, no padecemos la islamofobia –entendida como odio a los estados islámicos y no como odio a la “isla” y su “maldita circunstancia...”–, por lo que, probablemente, nos privaremos también de tener un Michel Houellebecq entre nosotros.